

DR. IGNACIO GONZÁLEZ GINOUVÉS

ANDRES BELLO, UNIVERSITARIO¹

EN ESTA ceremonia haremos el recuerdo de don Andrés Bello, en razón de que se acaban de cumplir 100 años de su muerte, acaecida en Santiago a los 84 años de edad, el 15 de octubre de 1865.

Justo y de rigor es que nuestra Universidad se asocie al recuerdo que el país ha hecho en estos días de don Andrés Bello:

Bello es tal vez el hombre que más influencia ha tenido en el desenvolvimiento chileno en el campo educacional y cultural. A Bello se le debe la fundación de la Universidad de Chile en 1843; aunque sin conexión directa con él, es nuestra Universidad, en consecuencia, deudora a Bello de una tradición que ha rodeado de características propias, nobles y perdurables a la educación superior chilena.

Don Andrés Bello fue un gigante. Su vastísima cultura, la obra que realizó en las letras, las ciencias, la política, las relaciones internacionales y la legislación chilena; y la influencia que tuvo sobre sus contemporáneos y en el desarrollo institucional del país, en la primera mitad del siglo pasado, lo hacen destacarse como la primera figura de su época y con contornos excepcionales.

Ha dicho hace pocos días el Rector de la Universidad de Chile don Eugenio González que "el encuentro de don Andrés Bello con Chile fue el feliz encuentro de un talento civilizador con el medio propicio para su provechoso despliegue".

Bello fue, en realidad, un autodidacto: sus estudios en el Caracas colonial fueron desordenados y con certeza tuvieron enormes vacíos.

¹Discurso pronunciado en el Acto Académico en homenaje a don Andrés Bello rendido por la Universi-

dad de Concepción, el 28 de octubre del presente año.

Sin embargo, supo aprovechar los 19 años que pasó en Londres, ya hombre, para completar su formación, explorar diversos campos, madurar, y crearse un saber y una personalidad que habrían de servirle extraordinariamente para su tarea chilena.

Tal vez uno de los mayores méritos de Bello fue el de no sentirse violentado o deprimido por el provincialismo, la gazmoñería y la mediocridad del Chile de entonces; y haber tenido la sagacidad, el tino, la comprensión y la tolerancia para conducir las cosas en que ponía manos, por el camino de las más sólidas y efectivas posibilidades, evitando apresuramientos peligrosos o transacciones paralizantes.

Gracias a su ponderación, a la cautela con que insinuaba y finalmente imponía sus ideas de reformas posibles, Bello pudo realizar una obra que ha perdurado hasta nuestros días y que el país entero le agradece.

En don Andrés Bello, el escritor, el legislador, el educador, el político, el creador y el realizador se amalgaman tan fuertemente que resulta difícil, si no mezquino, todo comentario que aluda a sólo un aspecto de su personalidad. Si ponderamos sin embargo su vida, es imposible no advertir que el elemento que la condiciona y orienta es su afán de enseñar, su magisterio.

Para comprender mejor la influencia de Bello en nuestra educación, es menester recordar que en 1830 Chile era una nación de analfabetos, que los establecimientos de primeras letras eran contados en Santiago y prácticamente inexistentes en el resto del país; que no andaba mejor la enseñanza que hoy diríamos secundaria y que el Instituto Nacional —heredero de la Universidad de San Felipe— contaba con un curso de leyes, otro de medicina y lecciones aisladas que apenas tenían alumnos.

Aun las clases acomodadas —si bien vestían a la europea y trataban de imitar las costumbres del viejo mundo— hablaban mal, unos cuantos sabían leer y muy pocos escribir. Dice a este respecto don Miguel Luis Amunátegui: “Cuando Bello arribó a Chile en 1829 eran muy pocos los que en este país empleaban algunas horas en leer libros; eran todavía menos los que podían consignar decentemente sus ideas en un papel.

Diez años más tarde, como lo observara el mismo Bello, el comercio de libros había prosperado notablemente; había algún público para leer y para aplaudir a los que escribían; y sobre todo, aparece una falange de jóvenes que buscaban la reputación en el

cultivo de las letras, componiendo en un año más frases y más versos de los que antes se hacían en diez.

¿Qué era lo que había producido una variación tan substancial? Indudablemente la instrucción, a cuyo progreso había sido Bello uno de los que más habían contribuido”.

La emancipación cultural de Chile en verdad no fue la obra de un solo hombre, pero es indudable que Bello fue al mismo tiempo su piedra angular y su principal promotor.

La tarea no fue fácil: a la indiferencia ambiente se agregaba la desconfianza del Gobierno pelucón de la época, frente a todo lo que pudiera significar despertar de las conciencias, pensamiento libre, crítica o ideas nuevas; temor por lo tanto a los efectos de la instrucción que podía malograr la deseable candidez de las almas. Tampoco fue grata: especialmente para Bello que, por un lado, como amigo y colaborador del Gobierno tenía que hacer aceptables sus ideas de renovación en los círculos que estaban menos dispuestos al cambio y soportar sus críticas y su desconfianza, y por el otro que resistir la vehemencia o la impaciencia de quienes hubieran querido con más generosidad que prudencia quemar las etapas. Felizmente para Bello su ponderación y equilibrio innatos, templados a lo largo de una vida de permanentes penurias y sufrimientos, le permitieron resistir todos los embates, firme como una roca, y realizar su labor sin que el desaliento o la amargura doblegaran su determinación o lo desviarán de su camino.

Comprendía que es menester ser tolerante con las vehemencias, pero también sabía que sólo lo posible, lo que va adentrándose seguramente en el alma de un pueblo o en sus instituciones, es perdurable. Por eso lo que en su tiempo fue considerado por algunos como conservantismo de Bello, hoy la historia lo juzga como extraordinariamente atinado, moderno y progresista.

Don Andrés Bello hizo sentir su influencia magistral enseñándonos a hablar. Si sus estudios sobre la Gramática de la Lengua Castellana fueron obras eruditas de altísimo vuelo y alta influencia, destinadas a colocar a la filología castellana sobre bases científicas propias, a su pluma también se deben innumerables trabajos y artículos periodísticos, destinados al gran público para enseñarle a pronunciar, a escribir correctamente y a desterrar de sus usos las impropiedades y vulgarismos de que estaba apestada el habla chilena.

Nos enseñó a pensar, hablar y escribir a través de sus obras: se ha celebrado la propiedad y claridad con que está redactado nues-

tro Código Civil. Iguales cualidades y singular belleza se advierten en todas sus producciones desde su magistral discurso de instalación de la Universidad de Chile hasta aquella "Oración por todos" que aprendimos cuando niños.

Increíblemente generoso con su experiencia y su saber lo daba a quien se lo pedía, y jamás dejó de acoger, aconsejar y estimular, sin que fueran obstáculos sus personales preocupaciones, sus altas tareas o aún los antagonismos ideológicos: Don Miguel Amunátegui fue su amigo y admirador; Bilbao, Vicuña Mackenna, Lastarria, Arcos, Sanfuentes, fueron sus discípulos.

Su influencia en el terreno cultural fue, así, enorme. No fueron suficiente para menoscabarla dos agrias polémicas que sobre materias educacionales y lingüísticas tuvo respectivamente con don José Joaquín de Mora y con don Domingo Faustino Sarmiento. Aún cuando no hubo en ellas vencedores ni vencidos, el prestigio de Bello resultó al fin de cuentas enaltecido. No es osado pensar por otra parte, que estas polémicas periodísticas que apasionaban a la opinión pública, tuvieran alguna influencia benéfica en su propia ilustración.

Podrá apreciarse la enorme importancia de Bello, a través de una anécdota, precisamente de Sarmiento, que refiere Amunátegui: "Sarmiento hizo publicar con un seudónimo en "El Mercurio" correspondiente al 11 de febrero de 1841 un artículo referente a la batalla de Chacabuco. Sarmiento estaba lleno de ansiedad, ignorando si el público recibiría bien o mal aquel artículo de que iba a depender hasta cierto punto la posición que tendría en Chile, a donde había llegado proscrito y sin recursos.

Un solo amigo estaba en el secreto, escribe Sarmiento; yo permanecía en casa escondido de miedo. A las once, trájome buenas noticias; mi artículo había sido aplaudido por los argentinos; esto era ya algo. A la tarde, se hablaba de él en los corrillos; a la noche, en el teatro; al siguiente día, supe que don Andrés Bello y Egaña lo habían leído juntos, y hallándolo bueno. ¡Dios sea loado!, me decía a mí mismo; estoy ya salvo".

Bello ayudó a la educación chilena a través de su amistad y ascendiente frente a los hombres de gobierno.

Si bien ya la Constitución del 35 redactada por Egaña encomendaba la educación pública a la "atención preferente" del Gobierno, la verdad es que oficialmente bien poco se había realizado en tal materia y la instrucción popular era juzgada como un peligro contra

la estabilidad constitucional de la República. Por ese mismo tiempo sin embargo escribía en "El Araucano": "Nunca puede ser excesivo el desvelo de los gobiernos en un asunto de tanta trascendencia. Fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción de su pueblo no es fomentar la educación, porque no basta formar hombres hábiles en las altas profesiones; es preciso formar ciudadanos útiles; es preciso mejorar la sociedad, y esto no se puede conseguir sin abrir el campo de los adelantamientos a la parte más numerosa de ella. ¿Qué haremos con tener oradores, jurisconsultos y estadistas si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia; y ni puede cooperar en la parte que le toca a la marcha de los negocios ni a la riqueza, ni ganar aquel bienestar a que es acreedora la gran mayoría de un Estado? No fijar la vista en los medios más a propósito para educarla sería no interesarse en la prosperidad nacional".

Bello comparte con don Mariano Egaña, don Manuel Montt y el Presidente Bulnes la gloria de haber fundado la Universidad de Chile; pero las ideas centrales del proyecto y las directrices de su acción fueron señaladas por Bello.

Concibió a la Universidad como una entidad superior, destinada a controlar, dirigir y fomentar la enseñanza, al cultivo de las letras y las ciencias, y a promover los trabajos académicos.

No fue la Universidad de Bello una universidad profesional. Adquirió este carácter posteriormente cuando las reformas de Domeyko le incorporaron los cursos del Instituto Nacional. Si miramos las cosas retrospectivamente no podemos menos que admirar la sagacidad de Bello, y lamentar que no perdurara su sentido prístino y que la Universidad de Chile perdiera también, como natural consecuencia, su papel de superintendencia debilitando su posición como representante y guardadora de la función docente del estado y colocándose, no ya sobre los órganos de enseñanza superior, sino al igual y en competencia con ellos.

Momento estelar en la vida de don Andrés Bello fue indudablemente aquel 17 de septiembre de 1843 en que con asistencia del Presidente Bulnes, el Ministro don Manuel Montt declaró instalada la Universidad de Chile, y él pronunció el discurso inaugural.

Magnífica pieza oratoria en que, con claridad, propiedad, sencillez y belleza se expone un programa universitario que todavía conserva admirable frescura y modernidad.

Habló allí Bello de la difusión universitaria y dice que "los conocimientos y adquisiciones científicas que se acumulen en la Universidad, se derramarán por las diferentes clases de la sociedad" y que "la Universidad si corresponde a las miras de la ley a los deseos del gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador".

Habló de la necesidad de que la Universidad estudie nuestra realidad nacional "bajo el punto de vista económico, revelando los resultados de la estadística, contribuyendo a formarla y leyendo en sus guarismos la expresión de sus intereses materiales". Y agregó, "porque en este caso como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestada a Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas en Chile".

Se refirió a la necesidad de cultivar las ciencias para aplicarlas a la industria naciente, "a la tierra cruzada en todo sentido de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias", y previendo los peligros de un practicismo exagerado, agregaba: "estoy muy distante de creer que la Universidad adopte por su divisa el mezquino "cuibono?" y no aprecie en su justo valor el conocimiento de la naturaleza en todos sus variados departamentos". "La Universidad no confundirá, sin duda, las aplicaciones prácticas por las manipulaciones de un empirismo ciego".

¿Y qué decir de este modernísimo pasaje relativo a la Facultad de Medicina que bien podría resumir los objetivos del más moderno de los Servicios de Salud? "La medicina investigará siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus elementos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación y de su actividad devastadora, y hará en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud".

Refiriéndose a la necesidad de cuidar la propiedad y pureza del lenguaje sin menoscabar su evolución y progreso, dijo: "Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencia de la sociedad, y aún a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarla, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio".

Previo los inconvenientes de las exageradas preferencias de nuestra juventud por estudiar carreras tradicionales con grave menoscabo

de otras actividades y dijo esto que se podría repetir hoy en día: "Poquísimos entran en nuestros colegios sin esta aspiración a las carreras superiores. Se emprende una marcha en que es dado a pocos llegar al término apetecido; y el resultado forzoso es el desperdicio de mucho tiempo y trabajo, y la acumulación de un número desproporcionado de alumnos en ciertas clases que sólo tienen una utilidad relativa, y en que la excesiva concurrencia abrumba al profesor y perjudica a la enseñanza".

La Universidad de Chile quedó inicialmente bajo el patronazgo y directa dependencia del gobierno.

Bello la concebía como una entidad autónoma y libre. Durante su rectorado luchó y obtuvo la plena autonomía pero ya en su discurso inaugural manifestó refiriéndose indudablemente a los peligros de la intromisión del dogmatismo intransigente o de la política en la Universidad:

"La libertad, como contrapuesta a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y a la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón, y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones".

Don Andrés Bello rigió la Universidad de Chile desde el instante de su fundación hasta el día de su muerte, el año 65.

Fue indudablemente su obra cumbre, pese a que junto a ella, como en nuestra cordillera, se levantan, en la obra de Bello, otras cumbres no menos enhiestas: nuestro Código Civil, sus obras gramaticales, su labor en la Cancillería chilena, su producción literaria.

Llegó a Chile en 1829, es decir cuando nuestro país empezaba a tomar conciencia de su nacionalidad; cuando la sociedad chilena empezaba, en convulsa lucha, a crear las instituciones que necesitaba para su gobierno, legislación, educación y progreso; cuando su ambiente era pacato, inculto, reaccionario e ignorante; cuando estaba todo por hacer y había muy poca gente que sabía lo que debía hacer.

Bello había nacido en Caracas, la opulenta, en las postrimerías de la colonia y se había formado en Inglaterra, en la Inglaterra protestante, parlamentaria y libre; supo administrar en Chile su experiencia, su saber, su prestigio, su enorme influencia, como convenía a nuestro país y a sus instituciones, y realizar entre nosotros la obra de renovación y de civilización más extraordinaria y perdurable.

El agradecimiento de Chile a esta obra se hizo presente a Bello

antes de su muerte y no ha menguado en ningún instante desde entonces.

En estas semanas sin embargo el fervor ha revivido con ocasión de cumplirse 100 años de su muerte.

La adhesión de nuestra Universidad a este homenaje no es sino la expresión de un agradecimiento que arraiga en lo profundo de todo chileno y que encuentra justa resonancia en nuestra Universidad y en sus universitarios.